

BERNARD CERQUIGLINI, *L'ACCENT DU SOUVENIR*, PARIS, LES ÉDITIONS DE MINUIT, 1995, 165 PÁGS. *LE ROMAN DE L'ORTHOGRAPHE. AU PARADIS DES MOTS, AVANT LA FAUTE 1150-1694*, PARIS, HATIER, 1996, 168 PÁGS.

Los últimos libros de Bernard Cerquiglini (en adelante B.C.) representan un nuevo exponente de dos de las características esenciales de las publicaciones del autor: la amenidad y el tono polémico. Se podrá o no estar de acuerdo con algunos contenidos de sus obras, pero difícilmente podrá decirse que éstas son aburridas. En cuanto al habitual tono polémico, baste recordar el gran revuelo originado en el mundo filológico por la aparición de *L'Éloge de la variante* (Seuil, 1989), causa directa de números monográficos en revistas de reconocido prestigio, así como de coloquios en los que el nombre de Cerquiglini aparecía prácticamente en todas las comunicaciones. Anteriormente, *La naissance du français* ("Que sais-je?", 1993) o *La parole médiévale* (Minuit, 1981) incluían ya ciertos puntos de vista que ponían en tela de juicio opiniones bien establecidas hasta entonces, tales como la existencia de una declinación bicasual en francés antiguo.

Los dos trabajos que nos ocupan son consecuencia directa de la gran polémica surgida en torno a la última reforma de la ortografía francesa, aprobada en diciembre de 1990 y de la que B.C. fue uno de los principales promotores. El gran debate nacional entre partidarios y enemigos de la reforma se centró principalmente, desde el primer momento, en uno de sus puntos: la supresión del acento circunflejo cuando recae en una de las dos letras *i* o *u*, o sea, cuando no traduce ninguna pronunciación particular (*dîme/cime*, *bûche/ruche*, *croûte/route*). De ahí que B.C. se esfuerce en *L'Accent du souvenir* por descubrir las razones de este apego de muchos a un signo diacrítico que, desde el punto de vista del lingüista, es hoy innecesario.

B.C. parte de un hecho: los actuales conservadores en materia ortográfica, los que se niegan a que se retoque el código escrito, son, hoy como ayer, grafocentristas, es decir, rechazan el principio fonocentrista (que suele guiar más o menos acusadamente a todos los reformistas desde el siglo XVI) según el cual el fin primordial de lo escrito es reflejar la pronunciación lo más fielmente posible. Reclaman por ello para el sistema ortográfico otros valores, otras funciones tanto o más importantes, según ellos, que la de transcribir lo oral; y de entre todas, la principal es la de guardar el recuerdo de los orígenes de la

lengua o de etapas pasadas de su evolución, lo que les lleva a defender una ortografía etimológica. Así pues, los conservadores se adhieren hoy a los usos establecidos del acento circunflejo precisamente porque tales usos son tradicionales, mostrándose así indiferentes a que algunos de ellos no reflejen ya ninguna pronunciación particular.

Estas reflexiones las acompaña B.C. de una segunda constatación: en el debate de 1990-1991 entre conservadores y reformistas, los primeros utilizaron, en defensa del uso establecido del acento circunflejo, los mismos argumentos que sus antepasados conservadores habían empleado, durante los siglos XVI a XVIII, para oponerse a su introducción oficial (1740) en la ortografía francesa como sustituto de los antiguos hiatos (*deu, aage* frente a *dû, âge*) o, sobre todo, de la antigua *s* muda preconsonántica (*asne, coste* frente a *âne, côte*). Hasta el XVIII, los partidarios de la ortografía antigua pensaban que la *s* muda, frente al circunflejo, era más decorativa, más latina, más noble, siendo secundario que pudiera crear confusiones o que no tuviera reflejo fonético; pues bien, en términos parecidos se expresan hoy los defensores del circunflejo al hablar de este acento, heredero, por consiguiente, de los valores que un día se atribuyeron a la *s* preconsonántica. Los reformadores, por su parte, tampoco han cambiado sus posiciones, ya que siguen recurriendo a los argumentos fonocentristas que los han caracterizado históricamente; enemigos de la *s* por no reflejar ningún sonido, preconizaron en el pasado el uso del circunflejo, no para indicar la supresión de una antigua letra, sino para marcar que la vocal que lo recibía era larga; puesto que ya no indica ni una cantidad ni un timbre diferente cuando se usa sobre *i* o *u*, piden hoy que desaparezca.

De todo ello deriva una paradoja en torno a la cual gira enteramente la primera de las obras que nos ocupa: son los reformistas quienes atacan hoy ciertos usos del circunflejo, pese a que éste fue en el pasado el adalid de los partidarios del remozamiento ortográfico; lo defienden en cambio los conservadores, que sin embargo se opusieron durante siglos a su uso. Y de esa paradoja deriva la tesis central de B.C.: la situación paradójica actual era casi previsible si se atiende al doble carácter que el circunflejo presentaba ya desde sus orígenes griegos. En griego, este acento marcaba una inflexión de la voz y, subsidiariamente, un alargamiento vocálico, siendo este uso el que retienen los reformistas. Pero también era signo, en griego, de una síncopa, del enmudecimiento de uno o más sonidos, y, como tal, puede casar con las inquietudes etimologistas de los

conservadores. En 1740, el abate D'Olivet logró convencer a los académicos de la necesidad de adoptarlo arguyendo que había que señalar el carácter largo de las vocales tónicas; pero, en la práctica, y con el fin de revestir de una misma grafía a las palabras de una misma familia, el circunflejo se usó también sobre las átonas, que eran sin embargo breves: llevaron acento tanto *âge* y *côte* como *âgé* y *côtoyer*. De donde se desprende que el acento circunflejo, aunque introducido gracias a los reformistas, fue, desde el primer momento de su vida francesa, más que un signo diacrítico con valor fonético -aunque también lo fuera-, un sustituto de las letras suprimidas, o sea, un “accent du souvenir”. Como acento del recuerdo lo siguen defendiendo los conservadores; por no ser ya transcriptor de una pronunciación lo condenan los reformistas.

Esto es *L'Accent du souvenir* en esencia; pero a esta base se añade mucho más. B.C. no sólo nos habla del origen y devenir del acento circunflejo, sino que nos convida a un recorrido por la historia de la ortografía francesa, prestando especial atención a la evolución fonética y gráfica de la *s* preconsonántica. Antes de explicar el triunfo del circunflejo en 1740, el autor analiza los debates ortográficos de los siglos XVI a XVIII, siempre enfocados desde el prisma de una eterna lucha entre concepciones fono y grafocentristas de la escritura, desde la perspectiva de una lucha plurisecular que prepara el desenlace en tablas de 1740. Y, según el mismo esquema, B.C. explica el nacimiento de tal confrontación como consecuencia del grafocentrismo que se adueña del francés escrito en los últimos siglos medievales, cuando se introducen letras etimológicas -mudas, por supuesto- en gran parte del vocabulario (*devoir, nopces, chevaux, faict...*). Del mismo modo, el grafocentrismo del francés medio viene preparado por los usos gráficos del francés antiguo. Y aquí nos encontramos de nuevo con la omnipresente *s* preconsonántica y con las opiniones más polémicas, a nuestro parecer, de todas las expresadas por B.C. en su libro. Esta *s*, o más precisamente la constrictiva [h] que la sustituyó -la misma que existe hoy en el español *costa* pronunciado a la andaluza-, desaparece de la lengua hablada a finales del XII delante de consonante sorda (*coste, paste*), y en el siglo IX -afirma el autor- delante de consonante sonora (*asne, isle*). Presente desde siempre en francés escrito, tal *s* fue, por consiguiente, un rasgo grafocentrista en la ortografía de tendencia fonocentrista de los siglos XI a XIII, rasgo que abrió la puerta al grafocentrismo imperante en los siglos siguientes. El autor no cree que el uso de *s* muda

en la Edad Media pueda explicarse por la necesidad de indicar el alargamiento y el timbre de la vocal precedente, por lo que sólo encuentra como explicación para tal uso el deseo de no romper los últimos lazos que unían al francés escrito con el latín: *asne* conserva aún el armazón consonántico de *asinum*, lo que no hubiera sido el caso de una grafía *ane*. Como hemos dicho, es éste un punto de vista discutible, una de esas posiciones de B.C. que no dejará de lanzar nuevos y encendidos debates.

En *Le Roman de l'orthographe* se repiten muchas de las ideas expuestas en la obra anterior, ya que este libro es una profundización en la historia de la ortografía francesa, ahora ya sin tomar como hilo conductor la cuestión acentual. B.C. parece considerar tergiversada tal historia por las posiciones claramente fonocentristas -y por tanto reformistas- que adoptaron los primeros historiadores que la trataron a fondo en la época moderna (Brunot y Beaulieux); tal visión los llevó, dice el autor, a una defensa poco objetiva de sus antepasados reformistas (Meigret, Peletier, los poetas de la Pléiade, Lesclache, etc.), menospreciando el valor de los argumentos que les opusieron conservadores grafocentristas tales como Théodore de Bèze. B.C. intenta, a lo largo de todo el libro, reparar este agravio mediante una toma en consideración seria y profunda de tales argumentos. Por esta vía, llega el autor a conclusiones tales como que tan modernos eran para su época -aunque por razones diferentes- los reformistas del siglo XVI como los que defendían entonces la ortografía tradicional; o a la conclusión de que Bossuet fue el verdadero artífice de las convenciones ortográficas que adoptó la Academia en la primera edición de su diccionario (1694), convenciones de base grafocentrista, cierto, pero muy pensadas y sopesadas, en modo alguno fruto de la improvisación o de la aceptación sin más de los usos gráficos más tradicionales, entre los cuales, de hecho, se realizó un expurgo que supuso la supresión de las consonantes etimológicas más violentas para la vista (*devoir* frente a *devoir* o *fait* frente a *faict*).

En nuestra opinión, B.C. tuvo en mente, al elaborar esta obra, lo que fue el debate de diciembre de 1990 y enero de 1991 en torno a la reforma ortográfica. Su objetivo último parece ser el mostrar la viabilidad de un compromiso entre posturas grafocentristas y fonocentristas. Lo esencial sería evitar las posiciones extremas. A los que criticaron la reforma de 1990 por demasiado tímida, B.C. parece considerarlos, aunque no lo diga explícitamente, como herederos del radical Meigret; y a los que no querían el mínimo

cambio parece identificarlos con los conservadores más radicales de los siglos XVI y XVII. La última reforma ortográfica sería así la continuadora moderna de las tendencias más acertadas de la historia de la ortografía francesa, la heredera del reformismo juicioso de un Peletier o del conservadurismo moderado de la Academia de 1694; sería la manifestación, por tanto, de un reformismo mesurado que no ataca de frente al grafocentrismo que sirve de base al francés escrito actual.

Otra idea, por último, sobre la que B.C. insiste y que, siempre implícitamente, nos devuelve a la reforma de 1990: antes de 1694, el uso era la única guía en cuestiones de ortografía; pero, con la primera edición de su diccionario, la Academia, cumpliendo sus estatutos, se presenta como autoridad competente en asuntos ortográficos; al hacerlo, toma efectivamente el poder en tal materia. Un poder que sigue poseyendo: no es el uso el que impone hoy las normas ortográficas defendidas por la Academia, sino que es ésta la que decide qué uso ortográfico habrá de seguirse. Es un hecho que parece diáfano, pero que muchos de los intervinientes en la última querrela ortográfica parecían haber olvidado, empezando, en ciertos momentos, por la propia Academia, lo que B.C., conciliador, prefiere no recordar. Opta más bien por dejar entrever que este organismo puede y debe abrazar hoy, como en siglos pasados, la causa del grafocentrismo tradicional sin renunciar por ello a las no menos tradicionales inquietudes del reformismo moderado.

Manuel BRUÑA CUEVAS
Universidad de Sevilla

DAN SPERBER, *LA CONTAGION DES IDÉES*, PARIS, ODILE JACOB, 1996, 144 PÁGS.

Le mot “expliquer” peut être entendu en deux sens. Dans un premier sens, expliquer une représentation culturelle, par exemple, un texte sacré, c’est le rendre intelligible, autrement dit l’interpréter. [...] Dans un autre sens, expliquer une représentation culturelle, c’est montrer comment elle est l’effet de mécanismes relativement généraux à l’oeuvre dans une situation particulière donnée. Dans ce second sens, le seul que nous considérerons